

También lo era, y nacido de la misma causa, el creer sobrenaturales todos los acaecimientos que pasaban algo de la línea de los comunes, ya fuesen de aquellos fenómenos que, aunque naturales, necesitan para su producción una combinación de causas que concurren raras veces, ó ya fuesen efectos de la destreza del que los producía, ocultando el verdadero principio, con cuyo conocimiento hubieran parecido frialdades las cosas que suspendían como prodigios.

En la aventura del mono adivino se burla CERVANTES de esta ignorancia, cuando Don Quijote dice á Sancho que aquello no puede ser natural, sino por arte del diablo, por lo cual extrañaba que no le hubiesen delatado. Y con razón lo extrañaba, pues en aquellos tiempos bastaba, para delatar una cosa, el no entenderla, como lo hace ver también en la aventura de la cabeza encantada de Don Antonio Moreno, la cual fué preciso desbaratar, aun después de haber visto la friolera en que estribaba el prodigio, por que *el vulgo ignorante no se escandalizase*; pues era tanto el número de los necios preocupados, que, por más que hubiesen querido desengañarlos, siempre hubieran quedado muchos que, cerrando los ojos á la razón, la hubieran mirado como obra del demonio.

Pero es muy de notar el fundamento que tiene Don Quijote para decir que no pueden ser naturales las respuestas del mono, que es porque ni él ni su amo sabían alzar figura. De modo que, al mismo tiempo que miraban entonces como maravillosos y fuera del orden natural los sucesos más comunes, creían que había una ciencia que enseñaba á adivinar lo futuro considerando el aspecto de los astros, que esto era lo que llamaban *astrología judiciaria*. Con ella se andaban por el mundo varios holgazanes alzando figuras, engañando á los simples, y sacándoles el dinero. El cuento que refiere Don Quijote, del que adivinó el color de los perritos que pariría una perra, es una graciosísima burla de estos embusteros, y de la ignorancia de los que les daban crédito.

Esta misma ignorancia y falta de educación producía, y aun actualmente produce entre los pueblos vecinos, disensiones, disputas y querellas. Muchas de ellas proceden de pretensiones particulares sobre términos ó derechos, y estas son inevitables; pero otras muchas no tienen más fundamento que el mal modo, hijo de la mala crianza. De aquí nace el ponerse apodos y nombres ridículos; y muchas veces, de tan despreciables principios se encienden discordias y enemistades que suelen costar mucha sangre.

Todo esto lo vemos en la aventura del rebusno, en que se nos pintan dos pueblos armados, y en disposición de darse una batalla, por un suceso despreciable que, tomado en chanza, hubiera servido á unos y otros de materia de risa: las razones con que Don Quijote les manifiesta la necedad de su furor, aunque están mezcladas con ideas caballerescas, son muy discretas y prudentes, y en ellas hace ver también cuán errados caminan los que hacen cargo ó censuran á todo un cuerpo de los delitos y desórdenes de alguno ó algunos de sus individuos.

Estos y otros defectos, que nacen de la falta de educación, intentó corregir CERVANTES; pero, en los más graves y perjudiciales, procuró que la reprensión fuese más fuerte, ó contrapuso los sujetos defectuosos á otros que no lo fuesen, para hacer amar la virtud y aborrecer el vicio.

Ya hemos hablado del religioso que reprendió públicamente á Don Quijote y al duque, estando á la mesa. Si examinamos lo que pretendía este eclesiástico, veremos que su fin no podía ser mejor: apartar á Don Quijote de la locura de ser caballero andante, reduciéndole á que se volviese á su casa, y persuadir al duque que, divertirse en seguir á un loco su manía, es ser más loco que él, fueron las dos cosas que intentó el buen eclesiástico. Pero lo quiso conseguir á fuerza de reprensiones y dicerios, y esto delante de la familia, con lo cual convirtió una pretensión justa en tema ridícula é importuna. Por el contrario, el canónigo de Toledo, con quien comió Don Quijote en el campo, vistió todas sus reconvenciones y cargos con la urbanidad y cortesía propias de la buena crianza; y, aunque no logró curarle, porque no es fácil curar á un loco, á lo menos no le irritó como el religioso.

Siempre se han mirado como partes de la crianza el aseo, y las atenciones ó cumplimientos; y así, no olvidó CERVANTES recomendarlas en su fábula.

En cuanto al aseo, compostura y decencia de las acciones exteriores, son muy dignos de aprecio los consejos segundos que dió Don Quijote á Sancho antes que se partiese para el gobierno. Pero, para hacer conocer que estas reglas se han de aprender con la costumbre desde la infancia, y que, los que no se crían con ese cuidado, cuando quieren tenerle incurren en afectaciones ridículas, hizo CERVANTES que, cuando Don Antonio trataba á Sancho de desaseado (merced al licenciado Alonso Fernandez de Avellaneda), respondiese Don Quijote por él, diciendo *que, en el tiempo que fué gobernador, aprendió á comer á lo melindroso; tanto, que comía con tenedor las uvas, y aun los granos de las granadas*.

En cuanto á la urbanidad, no es necesario citar pasaje alguno, pues en toda la fábula está brillando siempre esta virtud, la cual es utilísima y aun necesaria para la sociedad y trato de unos con otros, cuando la regla y mide la prudencia; pero, cuando no está arreglada por esta, degenera en importunidad insufrible. Para corregir este molestísimo exceso de cumplimientos es muy oportuno el cuento que contó Sancho, en casa del duque, sobre sentarse á la cabecera de la mesa, en el cual reprende también la necedad de los que miran como expresiones y ofertas verdaderas las que son de pura urbanidad y política.

El carácter de honradez y buena fe, que siempre ha sido propio de los españoles, es la verdadera causa de que en todos tiempos se hayan gloriado de exactos en cumplir, ya las promesas, ya los cargos que se han puesto á su cuidado. Por eso juzgaba Don Quijote que, todos los vencidos á quienes mandaba que se presentasen ante la sin par Dulcinea del Toboso, lo ejecutarían exactamente. Pero como todas

las cosas humanas, aun las mas perfectas, están sujetas á viciarse con abusos, esta misma exactitud llegó á degenerar en una nimiedad escrupulosa, particularmente en la ejecucion de las últimas voluntades, poniendo en práctica todo cuanto mandaba el testador, aunque no fuese justo, y aunque pareciese repugnante á la razon. Para mostrar este abuso refiere CERVANTES la exactitud con que cumplió Ambrosio la última voluntad de su amigo Grisóstomo, quemando todos sus versos, por mas que le rogaban que los guardase; y lo que es mas, enterrándole en un lugar profano, contra las reconvenções de los abades del pueblo, sin otro motivo que el no separarse de lo que dispuso su amigo estando ciego y arrebatado de su rabiosa pasion.

De este mismo fondo de honradez y bondad procedia que no podian mirar los españoles la necesidad sin remediarla. Pero la malicia del malo siempre ha procurado servirse de la bondad del bueno; y así, esta compasiva caridad produjo dos especies de gentes muy perjudiciales: los falsos pobres, que, ó no lo son, ó lo son porque quieren serlo, y los romeros, que, con pretexto de visitar el cuerpo del Patron de España, y otros santuarios de este reino, vienen á él, ó ya por sacar el dinero que recogen de la piedad de los españoles, ó tal vez para servir de espías contra sus mismos bienhechores.

En nuestros tiempos, y particularmente en el feliz y justo reinado de Cárlos III, se han dado providencias muy oportunas para el remedio de ambos abusos. Pero en el tiempo en que se escribió el QUIJOTE, aunque nuestras leyes prohibian estos desórdenes, con todo, hubiera parecido una impiedad negar la limosna á aquellas personas que tan sin derecho la pedian.

Los ingenios sublimes nunca han limitado sus pensamientos á la corta esfera del vulgo. CERVANTES, en medio del falso concepto de sus contemporáneos, reprendió ambos excesos: el uno, haciendo mencion del alguacil de pobres que estableció Sancho, *no para que los persiguiese, sino para que los examinase si lo eran, porque, á la sombra de la manquedad fingida y de la llaga falsa, andan los brazos ladrones y la salud borracha*; y el otro, en la pintura de los romeros que acompañaban á Ricote.

Tampoco se dejó llevar nuestro autor de la oscuridad con que en su siglo se confundian los hechos verdaderos con los fabulosos, fundándose esta confusion en las historias falsas y en los romances vulgares. Para lo cual cita, en boca de Sancho y de la dueña Rodriguez (que le tenian por muy verdadero), el romance de Don Rodrigo, en que se cuenta que este rey fué enterrado vivo, y que gritaba desde la tumba:

“Ya me comen, ya me comen,  
por do mas pecado habia.”

Por esto, una de las *constituciones del gran gobernador Sancho Panza*, fué: *Que ningun ciego cantase milagro en coplas si no trujese testimonio auténtico de ser*

*verdadero, por parecerle que, los mas que los ciegos cantan, son fingidos, en perjuicio de los verdaderos.* Si hubiera leído esto con cuidado Mr. d'Argens, ó, por mejor decir, si fuera desapasionado, no diria que CERVANTES se habia dejado llevar de la supersticion que él cree propia de los españoles.

Veo que insensiblemente nos hemos alargado, dejándonos llevar de las discretas y oportunas moralidades del QUIJOTE, cuya enumeracion seria imposible; y así, bastarán los ejemplos citados para conocer que la correccion de las costumbres en general, y no solamente el desterrar los libros de caballería, fué el objeto que se propuso CERVANTES.

Si alguno cree que no citamos mas pasajes porque no los hay, lea el QUIJOTE con atencion, y se desengañará muy presto viendo que algunas veces, en dos palabras ó en una reflexion pasajera, censura un vicio ó alaba una virtud. Al referir que Tosilos no quiso reñir con Don Quijote, nota, como de paso, que *los mas quedaron tristes y melancólicos de ver que no se habian hecho pedazos los tan esperados combatientes*; y en esto censura justísimamente la barbaridad de las gentes, que, aun en nuestros dias, no se divierten en las fiestas de toros si no hay muchos porrazos y caballos muertos, y tienen por una gran fiesta aquella en que suceden muchas desgracias.

Allí advertirá que Sancho, despreciando el *Don* que no le correspondia, descubre la necedad de los que buscan distinciones superiores á su esfera; allí verá contrapuesta la afabilidad y llaneza de la duquesa al entono de las hidalgas de aldea; allí descubrirá, en los consejos de Don Quijote á Sancho sobre el modo con que se ha de portar en el gobierno, y en las determinaciones de Sancho gobernador, un conjunto admirable de documentos morales; allí, finalmente, mirará vituperado el vicio en todos los lances, y alabada siempre la virtud, y por consiguiente cumplida la obligacion del poeta filósofo, de enseñar deleitando, que es toda la perfeccion á que puede aspirar un escritor, segun Horacio. Esta perfeccion es á la que no pueden llegar los autores que no son verdaderamente sábios. CERVANTES lo era: su mucha lectura de los autores mas célebres, su trato con los hombres grandes de su siglo, así nacionales como extranjeros, y sobre todo sus reflexiones y meditaciones propias, le habian puesto en estado de poseer, no solo la literatura necesaria para desempeñar su obra, sino tambien la que se requería para corregir ciertos abusos que habian hecho progresos entre los eruditos de su siglo.

La Europa, que, en los tiempos florecientes del imperio romano, habia sido el archivo de las ciencias, inundada de bárbaros, que la afligieron con repetidas incursiones, perdió ó sepultó entre ruinas los preciosos volúmenes de la literatura griega y romana. Apenas se conservaron en el retiro de los monasterios algunos códices, que los mismos monjes trasladaban y guardaban. El cuidado de la propia defensa apartó á los hombres del estudio de las letras para conducirlos al de las armas; y, al mismo tiempo que formó legiones, destruyó las escuelas.